

LA POSTVERDAD: EFECTOS DISCURSIVOS Y CLÍNICOS

Enrique Tenenbaum, mayo de 2017

Señoras y señores, interrumpimos nuestro programa de baile para comunicarles una noticia de último minuto procedente de la agencia Intercontinental Radio. El profesor Farrel del Observatorio de Mount Jennings de Chicago reporta que se han observado en el planeta Marte algunas explosiones que se dirigen a la Tierra con enorme rapidez... Continuaremos informando¹.

Así comenzaba, el 30 de octubre de 1938, el programa de la CBS en el que la voz de Orson Welles relataba una adaptación de la novela “La guerra de dos mundos”, de H. G. Wells. Algunos oyentes, que no repararon en el carácter ficcional del relato, o bien que sintonizaron la emisora una vez comenzado, lo asumieron como una noticia verdadera. Relatada en vivo y en directo. ¡Bendita tecnología! Algunas escenas de pánico y huidas masivas de la ciudad siguieron a esa puesta en el aire que ha hecho historia.

¿Qué pudo haber logrado semejante efecto de verosimilitud en el auditorio de un programa de radio? ¿Tan eficaz resulta la persuasión de la palabra como para encender semejante mecha?

Cuando un príncipe dotado de prudencia ve que su fidelidad en las promesas se convierte en perjuicio suyo [...] no puede y aun no debe guardarlas, a no ser que él consienta en perderse.

Nunca le faltan motivos legítimos a un príncipe para cohonestar esta inobservancia; está autorizada en algún modo, por otra parte, con una infinidad de ejemplos [...]

Pero es necesario saber bien encubrir este artificioso natural y tener habilidad para fingir y disimular. Los hombres son tan simples, y se sujetan en tanto grado a la necesidad, que el que engaña con arte halla siempre gentes que se dejan engañar.

Así escribía Maquiavelo en 1513. Se transmitió esta magnífica sátira del poder de los príncipes con una consabida ligereza: el fin justifica los medios.

Como se aprecia, la pareja verdad / mentira tiene problemas conyugales desde hace siglos, y continuará teniéndolos.

¹ <http://labohemia4.blogspot.com.ar/2014/07/dias-de-radio-guerra-de-los-mundos-de.html>

En 2016 se hizo la entrega del premio a la *palabra del año*, algo así como el Oscar de las academias de letras. Ocurre que, a diferencia de la lengua española que tiene su RAE, no hay un equivalente para el establecimiento de la lengua inglesa, por la que este galardón es administrado por los editores de diccionarios; en este caso el Diccionario Oxford consagró como palabra del año a *postruth*, la postverdad.

La definición de este término es la siguiente: cuando “...los hechos objetivos tienen menor influencia en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal”. Y es así que adjudican al uso y abuso de esta influencia los triunfos del Brexit en el Reino Unido y de Donald Trump en USA.

La influencia y la opinión son a destacar en esta premiación. La opinión, por cierto, la *doxa* para los políticos de la Grecia Antigua, no se abraza con la verdad -la *aletheia*-, aun cuando se trate de la opinión verdadera. La influencia, el discurso elocuente, ¿no es acaso una extensión moderna de la persuasión? Tan antiguo es el tema como lo es el Poema de Parménides. ¿Cuál es, entonces, la novedad? ¿Qué hay de nuevo, viejo?

Numerosos artículos se han escrito sobre la postverdad, cargando las tintas sobre este fenómeno global como si fuera un perfeccionamiento de las tácticas de poder que llegaron a su cénit con la tristemente célebre frase de Goebbels: “miente, miente, miente... algo queda”. ¿Es acaso la postverdad tan solo un salvoconducto para la mentira?

Verdad e información

En el mundo de hoy, la verdad no compite contra la mentira,
sino contra otras verdades.
D. Rubio²

En el mar de artículos sobre el tema se destaca el de Diego Rubio, catedrático precisamente de Oxford, quien propone desertar de la batalla entre la mentira y la verdad, para proponer que, en particular desde el llamado postmodernismo, la verdad no es una, sino que se desmultiplica en diversas expresiones de verdad.

Antes de llegar a esta tesis, Rubio recapitula la promoción de la mentira en la arena política desde la Antigüedad hasta los últimos años, destacando que los hombres de la Ilustración “reivindicaron la tendencia natural del hombre a buscar la verdad, condenaron el uso de la mentira y auspiciaron un futuro dominado por el gobierno de la razón”. Quizás la mención a la Ilustración es -en este contexto- el sentido a dar a las palabras de Macron, a horas de haber ganado las elecciones presidenciales en Francia [escribo estas líneas el

² D. Rubio, *La política de la postverdad*. <http://www.politicaexterior.com/articulos/politica-exterior/la-politica-de-la-posverdad/>

8/5/2017]: ¿un tope al discurso de la postverdad, o apenas un guiño dirigido a lo políticamente correcto?³.

Pero nuevamente, siguiendo el hilo y las referencias del artículo de marras, si ya Voltaire declaró que “la política no es otra cosa que el arte de mentir intencionadamente” y si Churchill afirmaba que “hay una terrible cantidad de mentiras girando alrededor del mundo, y lo peor es que la mitad de ellas son verdad”, ¿a qué responde la promocionada nueva palabra, ¿qué es -en su opinión- esta oscura postverdad?

Hay una vía, que desarrolla Rubio, en la cual lo seguiremos para luego tomar distancia de sus conclusiones, y es que la verdad no ha perdido peso frente a la mentira, sino que hoy no se considera que haya una verdad, sino que hay verdades, todas ellas tomadas con igual validez. La pluralidad de la verdad es el paradigma postmoderno que surge de ligar la verdad a la estructura del lenguaje, a las particularidades de una sociedad determinada y a la percepción individual.

Esta suerte de nubosidad que infiltró la otrora condición cristalina de la verdad tiene como efector estrella al periodismo: en los dichos del jefe de propaganda del Kremlin, Dmitry Kiselyov -siempre según Rubio- “...la era del periodismo neutral ha pasado. Es imposible [la neutralidad], porque lo que uno selecciona del vasto océano de la información ya es subjetivo”. La información, un término de origen periodístico, se deslizará pronto al océano de la informática, como enseguida veremos.

Volvamos por ahora a finales del siglo XIX, cuando comienza a desarrollarse lo que hoy es a diario una práctica de alcances inusitados: las encuestas. Suena el teléfono y nos solicitan participar de una encuesta de opinión, sea sobre la programación de televisión, quién debe abandonar Gran Hermano, la calidad de tal marca del detergente o la eficacia de la política barrial de lucha contra la inseguridad. Los políticos de los últimos años ya no se sostienen -con honrosas excepciones, claro- en la elocuencia de sus discursos, en su trayectoria política, en la filiación partidaria, en la articulación de sus ideas, en la precisión de sus metas y promesas electorales. Ahora lo que cuenta es el resultado de las encuestas: quién “mide” más, qué términos son los que más rédito tienen en la audiencia, qué datos -verdaderos o falsos- deben ser aportados para seducir al electorado y acariciar su voto.

¿Esto es acaso la corrupción destituyente de la política tal como la conocimos, o es la “nueva” política que vino a instalarse? ¿Seremos nostálgicos de los discursos de los partidos políticos y sus líderes ideológicos, o someteremos a análisis a esta nueva modalidad de discursividad, atendiendo al lugar que está ganando, arrasando también, en los comicios?

Primera hipótesis: el algoritmo tomó el relevo del significante amo; así lo podríamos arriesgar, apresuradamente. El algoritmo, el dato, los “hechos”, encadenados al discurso en un lugar que parece ser el que antes detentaba la doctrina, o la orden del líder. Lo anotamos, veremos su alcance.

³ E. Macron, en su discurso: “...que esta noche Europa y el mundo nos mira” porque “esperan que defendamos en todas partes el espíritu de la Ilustración”. Fuente: <http://www.eltiempo.com/mundo/europa/discurso-de-emmanuel-macron-nuevo-presidente-de-francia-85462>

En estos últimos años el reclutamiento por redes masivas está al orden del día. Sin embargo, estas redes permiten, pese su masividad, tomar nota de los intereses de cada usuario. Si bien el Estado Islámico recluta a sus seguidores por Twitter, multiplicando las cuentas a un ritmo tan vertiginoso como vertiginoso es su crecimiento, otras redes, como Facebook, son igualmente eficaces en lo que se llama la formación de opinión.

Donald Trump se sirvió de estas redes de una manera novedosa, o al menos novedosa a esta escala: con mensajes personales. ¿Cómo es posible, con la enorme cantidad de usuarios, producir y enviar mensajes personales? Se entiende que no se trata de mensajes personales porque estén dirigidos a un nombre y a un apellido: son personales porque toman en cuenta los gustos y las opiniones de los destinatarios.

Google lo define así: “los algoritmos son programas informáticos que buscan pistas para devolverte exactamente lo que quieres”. Así, los famosos “buscadores” son tan eficaces para buscar lo que cada cliente necesita encontrar, como para convertir ese interés particular de cada cliente en información para otros clientes. Son “pistas” también los trazos de navegación que realizamos, los “me gusta” que brindamos, los comentarios que escribimos, e inclusive las páginas de publicidad que visitamos y los lugares físicos -es decir: reales- por los que transitamos. Todo esto gracias (sic) a la tecnología Google. Es el panóptico a escala global y con una capacidad de almacenamiento prácticamente infinita.

A partir de estos algoritmos se crea una suerte de fidelización a los contenidos: a tales intereses se corresponden tales contenidos -por ejemplo: “los usuarios que vieron tal cosa también vieron tal otra”- constituyendo así redes dentro de las redes que van configurando cadenas de orientaciones, lo que concluye en dos resultados igualmente sorprendentes como peligrosos: por un lado, cuanta más información yo consumo -aquí la información es simplemente mercancía, como se aprecia- más encerrado estoy para recibir información, pues solamente recibo la que es acorde a mis gustos e intereses declarados, con lo cual mi horizonte tiende a cerrarse.

Por otro lado, estas redes conglomeran usuarios de intereses comunes -con todo lo espurio que pueda resultar un interés expresado en las redes virtuales- propiciando la formación de grupos que reverberan con las mismas consignas y que van creciendo en una espiral de sentidos cada vez más congelados, que reprimen generalmente el disenso o la crítica- por ejemplo: “vos sos de otro palo, sos un infiltrado, un troll, abandoná el grupo”-.

En este contexto, los contenidos que circulan son multiplicados por los gustos y por los intereses, configurando un conjunto fácilmente infiltrable por información que, pudiendo ser o no verdadera, incide en la opinión merced a que convocan a las emociones y a los sistemas de creencias; he aquí funcionando a pleno la postverdad. Los datos, lo que otrora se consideraba objetivo, quedan subsumidos bajo un contenido en términos de saber -comentarios, investigaciones, sucesos- de los cuales importa menos su “verdad material” que su verosimilitud⁴.

¿Desconfiamos del médico que nos dice que nuestro hijo padece de un déficit atencional, o de autismo? Si, podemos desconfiar del médico, pero más lo juzgamos en relación a sus conocimientos o a su idoneidad, y menos nos dirigimos a interrogar la coerción bajo la cual se encuentra por la información que los laboratorios de “especialidades medicinales” insemnan en el mercado y que condicionan tanto los diagnósticos como los tratamientos que son, curiosamente, hechos a medida de esos

⁴ Lejos está esta oposición de la que Freud propone entre verdad material y verdad histórica (en *Moisés...*), o de la interpretación inexacta pero verdadera que sanciona Lacan (en *La dirección de la cura...*)

diagnósticos. O, lo que es aún peor, hay diagnósticos que son hechos a la medida de los efectos de ciertos productos de laboratorio ¿Es acaso verdad lo que una investigación concluye? ¿Qué clase de verdad es esa?

La proliferación incesante de las redes sociales como sitio de exposición de sorprendentes investigaciones -la cura del cáncer, promocionando el consumo de extractos vegetales- o noticias falsas de último momento -la muerte de tal o cual político al que habíamos adherido con nuestro fervoroso “me gusta”- o la convocatoria apócrifa a manifestaciones públicas para hacer fracasar una iniciativa, o los falsos -o verdaderos, quién sabe?- petitorios para hacer juicio político a tal ministro corrupto o solicitar que el gobierno cubra tal necesidad básica incumplida. Las redes se han convertido en el lugar en donde no solo se forma opinión, sino que se recoge la información en tiempo real sobre el despliegue metastásico de esa opinión -*trend topic*- y sobre cómo cada usuario se posiciona frente a la misma.

Verdad y ficción

Si la verdad se ha transmudado en verdades, en plural, a partir de su puesta en relación con el lenguaje, como lo quiere el postmodernismo, cabe a nuestro parecer resaltar que lo que prima no es una desmultiplicación en verdades diversas, sino el hecho de que - como anotamos más arriba al citar a Churchill- no hay verdad que pueda decirse toda. Y con esto señalamos de un solo golpe que la verdad es indisociable del decir, y que no configura un universal.

Nuestro campo no es el de las verdades eternas ni el de las verdades asumidas por la ciencia. El territorio en el que abordamos la verdad es el del lenguaje, y por eso mismo la verdad es un hecho del decir. Solo que no puede decirse toda, se dice a medias, justamente porque el decir es descompletud en acto: no hay un decir todo. Si se quiere decir *toda la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad*, como lo sugieren los juicios orales en las películas del país del *far west*, obligamos al hablante a incomodarse ante esa exigencia: decir solo la verdad... puede ser; nada más que la verdad... ¡y bueno!, lo intentaremos. Pero toda la verdad, eso es imposible de ser dicho⁵: el goce hace límite a esa totalidad de la verdad.

Desprecio el polvo que me compone y que les habla; ¡podrán perseguir y matar a este polvo! Pero yo desafío a que me arranquen esta vida independiente que me he dado en los siglos y en los cielos.

Lacan se sirve, para argumentar el siguiente paso, de esta frase pronunciada por Saint-Just, pocos días antes de su ejecución en la guillotina, junto a Robespierre. Y se sirve de ella mediante una de sus frases más famosas, la prosopopeya que anuncia en *La cosa freudiana*: “Yo, la verdad, hablo”. En principio afirma que la verdad habla, que no es aquí

⁵ Aún, 20/3/73: “Todavía hoy, al testigo se le pide que diga la verdad, sólo la verdad, y es más, toda, si puede, pero por desgracia, ¿cómo va a poder? Le exigen toda la verdad sobre lo que sabe. Pero, en realidad, lo que se busca, y más que en cualquier otro en el testimonio jurídico, es con qué poder juzgar lo tocante a su goce”.

cuestión de verdades aseguradas ni eternas, sino ligadas al decir, al hecho de hablar. Y que, además, la verdad habla⁶ en nombre propio, como se sigue del decir de Saint-Just: una vez que afirma que es el polvo el que les habla, el “yo” de la frase siguiente no puede sino ser atribuido a ese polvo. Yo, el polvo, hablo.

Un año más tarde⁷ Lacan da un paso más, al sostener que “la verdad habla yo” -*je*, en francés- para insistir aún más en que no hay verdad sino del decir, y que el decir implica un yo y un tú, un yo que configura un tú; se sirve para esto de la escena bíblica de la zarza ardiente⁸ en la cual el yo en juego es “Yo soy el que es” -según su traducción-, y el tú que configura es aquel al que los mandamientos se dirigen. Si “yo la verdad hablo” es la del oráculo, “la verdad habla yo” es la de la zarza ardiente: un yo innombrable.

Como se aprecia, la verdad no es ya una cuestión que trata de una oposición a la mentira, ni tiene que ver con lo verificable, sino que se erige en una operación indiscernible del decir, y que concierne a la incompletud, o sea a la operación verdad en relación con la castración⁹.

Hay otra oposición ya clásica, aunque con menos prensa que el par verdad / mentira, me refiero a la oposición verdad / ficción que tanto preocupa a algunos clínicos – “¿esto es verdad, o lo estará inventando?”-. Ya con Freud hemos avizorado que la verdad y la ficción no son opuestos excluyentes, sino que a menudo cohabitan en las fantasías neuróticas¹⁰. Lacan por su parte eleva este concubinato al estatuto estructural: la verdad tiene estructura de ficción. Es a propósito de la ficción freudiana del mito de la horda primitiva que señala que, en cuanto al carácter de ficción que el mito tiene en conjunto “...esta ficción mantiene una singular relación con algo que siempre se encuentra detrás implicado, contiene incluso su mensaje formalmente indicado, se trata de la verdad”. Y agrega que, en toda ficción correctamente estructurada, la verdad se designa como igual a la estructura de la ficción: “La verdad tiene una estructura, por así decirlo, de ficción”¹¹.

¿Pero acaso esta relación de la verdad a la ficción amerita suponer que la verdad que cuenta en un análisis podría ser del orden de la postverdad? ¿Es acaso la ficción de la que trata el análisis de una suerte de neo-utilitarismo (Bentham) que sirve a fines, que supone que el lenguaje es un útil?

Claro que no, es el goce -que, por el contrario, no sirve para nada- lo que hace de límite a que la verdad pueda decirse toda. La verdad buscada es la del goce, una verdad que no se alcanza nunca: ¿es factible construir un saber todo o un todo saber sobre el goce? Ciertamente no.

⁶ La lógica del fantasma, 19/4/67: “Yo, la verdad, hablo. La verdad habla, ya que es la verdad no tiene necesidad de decir la verdad. Escuchamos a la verdad, lo que dice no se escucha más que para quien sabe articularlo, lo que dice en el síntoma, es decir, en algo que cojea. Tal es la relación del inconsciente, en tanto que habla, con la verdad”

⁷ De otro al Otro, 4/12/68.

⁸ Éxodo, 3.

⁹ La lógica... 18/1/1967

¹⁰ S. Freud, Carta 69 a Fliess: “...ya no creo más en mi *Neurótica* [...] la intelección cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres.)

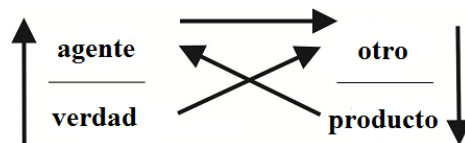
¹¹ La relación de objeto, 27/3/57

Verdad y discurso

Que alguien diga la verdad, que mienta descaradamente, o que se sirva de las creencias y emociones del destinatario de su decir para manipular su opinión, nada de esto es nuevo, como venimos sosteniendo. Y que la verdad solo puede decirse a medias, que no hay verdad revelada ni hay siquiera la posibilidad de construir un saber completo sobre la verdad, eso tampoco es novedoso, en absoluto.

La postverdad parece perder así entidad, aún si se la quiere sostener como el juego de oposición entre diversas verdades que se sirven de la impotencia de la ciencia o de la religión para hacer de su verdad algo distinto de la fe.

Pero si dijéramos que la verdad es un término del que el hablante no dispone, puesto que es un término inconsciente del discurso, habremos abordado un campo distinto. Es Lacan quien dio ese paso, que consiste en ubicar la verdad como un lugar fijo del discurso, un lugar que se sitúa debajo del agente del mismo; debajo quiere decir debajo de la barra, es decir: reprimido, inaccesible. Dicho de otro modo: para quien -para el semblante que- resulta agente de un discurso, no hay ningún acceso directo a la verdad que lo causa. Así, el sujeto dividido, como agente del discurso de la histeria, es causado en su decir por el objeto de su fantasma, inabordable como tal si no pasa por la experiencia de un análisis.



Estos cuatro lugares son definidos como el agente, el otro, el producto y la verdad. Como se aprecia por las flechas que orientan los recorridos y relaciones posibles, entre la verdad y el producto de un discurso no hay relación. En estos lugares se ubican en un orden cuatro letras, las que corresponden al S_1 -el significante amo-, al S_2 -el saber-, al a -objeto, plus de gozar-, y al $\$$ -el sujeto dividido-. Estas letras mantienen una secuencia que no se altera, y rotan en conjunto de a cuartos de giros, produciendo en cada giro el pasaje de un discurso a otro.

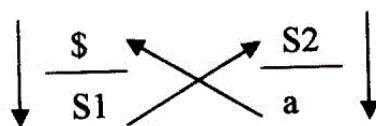
Discurso de la Universidad	Discurso del Maestro o Amo	Discurso de la Histórica	Discurso del Analista
$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$	$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$	$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$	$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1}$

Así, el saber producto del discurso de la histórica no hace lazo con el objeto que está en el lugar de la verdad. Ese saber es el que Freud supo recoger para hacer con él una

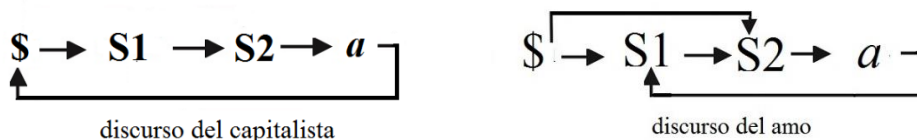
práctica, la del psicoanálisis: es el saber producto de ese discurso el que por un cuarto de giro pasa al lugar de la verdad del discurso del analista.

Lo que nos interesa resaltar aquí de estos discursos es, precisamente, que el término que va al lugar de la verdad es inaccesible para el agente: en el caso del discurso del amo la verdad está ocupada por el sujeto dividido. ¿Cómo podría entonces el que miente, el que miente descaradamente, o el que difunde datos falseados, saber en qué lugar del discurso se acomoda esta mentira? Y, además, no es lo mismo que esa mentira sea puesta a jugar en términos de saber, en términos de una orden, o en términos de división subjetiva.

Lacan dio una vuelta de tuerca a la cuestión de los discursos produciendo uno que, a diferencia de los otros cuatro, no resulta de la rotación ni la permite. Es el discurso del capitalista, que consiste en la sustitución recíproca de los términos que van al lugar de agente y de verdad del discurso del amo. Entonces, al \$ que estaba bajo la barra ahora lo encontramos sobre ella, y al S1 que estaba sobre ella ahora lo encontramos abajo. Pero, con esta sustitución Lacan produce, también, una modificación de los recorridos posibles, por cuanto las flechas han cambiado.



Este cambio en las flechas tiene como efecto también, simultáneamente si puede decirse, una profunda modificación de las relaciones entre los términos, lo que puede graficarse así:

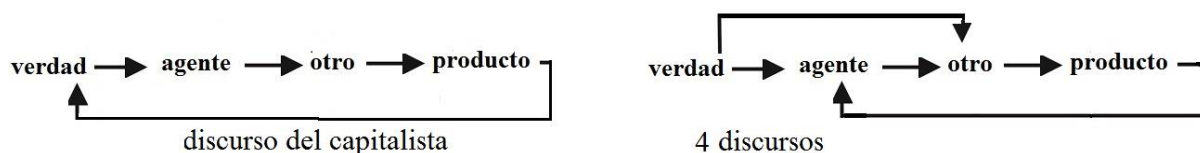


Como se aprecia, la flecha que liga al sujeto con el objeto, en el discurso del capitalista, reemplaza a las dos flechas que, justamente, bien indican en el discurso del amo que entre sujeto (verdad) y objeto (producto) no hay relación. No consideraremos aquí las consecuencias que esto tiene con relación a las cosas del amor, o a que es un discurso destinado a reventar, nos limitamos por ahora a señalar estos cambios de recorridos y lazos, y sus consecuencias más inmediatas.

Si bien Lacan ha producido luego la sustitución de tres de los términos de los discursos -agente por *semblant*, otro por goce, producto por plus de gozar-, el término verdad ha quedado incólume, por lo que, al solo efecto de simplificar lo que sigue, mantengo la nomenclatura previa.

La pregunta que surge ahora es si, por este cambio de letras y la consecuente alteración de las relaciones entre los términos que produce un discurso que no permite girar sino en redondo, es si al trastocar las letras también se trastocan los lugares que las letras

ocupan. Dicho de otro modo: ¿el intercambio de letras arrastra consigo un intercambio de lugares? Puesto en términos de los lugares, las dos formulaciones -el discurso del capitalista y los cuatro discursos- son las siguientes:



Cabe plantear que, al producirse esta alteración intrínseca del discurso, para el llamado por Lacan discurso capitalista, no cuentan más los cuatro lugares -que se harían homogéneos- y por lo tanto no serían arrastrados por el cambio de las letras. No es este el camino por el que se podría poner en relación a este discurso con la postverdad, sino muy al contrario, la postverdad resulta de la transformación de ese lugar del discurso que era inaccesible y que ahora deviene accesible, que antes permanecía inconsciente y ahora se vuelve conciente. La verdad, del otro lado de la barra, accesible ahora, se transforma en lo que se llama la postverdad, la pretensión de decir toda la verdad o una verdad toda.



Y un poco más aun, al hacer conciente lo inconsciente -una parodia de la fórmula de Freud- la hipótesis misma de l'inconsciente queda proscripta -porque la relación del sujeto al saber queda interrumpida-, de ahí que para que haya un psicoanálisis sea necesario subvertir las posiciones del sujeto capitalista -lo que hoy resulta una de las vías casi obligadas a recorrer en las entrevistas preliminares-. Es una nueva cuestión previa¹².

Primeras consecuencias

Si en los tiempos de Freud las entrevistas tenían como premisa diagnosticar la analizabilidad del candidato, en términos de su relación al lenguaje y de la capacidad de retirar la libido del Yo para investir el objeto de la transferencia, con Lacan se reubican estas entrevistas en la tarea de hacer caer lo que el narcisismo tiene de locura y abrir el campo freudiano a los términos de la estructura: hacer valer por el sujeto la hipótesis de existencia de l'inconsciente y por el analista el Sujeto Supuesto Saber.

En estos tiempos que corren, la reformulación de la escritura del discurso tal como la propuso Lacan, al poner en continuidad al sujeto y al objeto -siendo este objeto el gadget que nos espera a todo momento como impulso al goce-, hace que el objeto se pegue al sujeto a la manera de una fanera, sin velo ni distancia. Los analizantes jóvenes concurren a la sesión pegados a su *smartphone*, que es ya una suerte de *attachement*, una continuidad de

¹² Cf. J. Lacan, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*, Escritos.

su cuerpo, cumpliendo casi un rol indicial: dime qué relación al smartphone tienes y te diré cómo te las arreglas con el plus de goce.

Si, como contrapartida, el lazo del sujeto al saber inconsciente queda proscrito por este discurso, la división desaparece y el sujeto deviene individuo. Es por eso que se forcluye la castración, ya que la hipótesis de existencia de l' inconsciente no se puede seguir sosteniendo con estos lazos entre los términos.

En la medida en que cae el velo fantasmático que separa al sujeto del objeto, aquí la relación del sujeto al goce deja de ser de falta de goce para devenir goce autista.

En tanto que la relación del sujeto al objeto no está velada, mediada, este discurso no escribe estrictamente un lazo social. Aquí no hay pareja en el lazo, como sí la hay entre el amo y el esclavo, entre el maestro y su alumno, entre el analista y el analizante, entre la histérica y el significante amo. Este discurso, si algún lazo establece, es entre el individuo al que se impulsa a ligarse al objeto, y ese objeto que el mercado impone. ¿Podemos afirmar que aún se trata de un discurso de la renuncia al goce?

Además, y por cuanto este discurso no admite rotación, ya que los términos están en continuidad, las cosas del amor -que se da en cada giro de discurso- resultan forcluidas.

Es por el lado de estas particulares forclusiones que retornamos a la consideración de las entrevistas preliminares, como Lacan lo hiciera en su momento, a propósito de la forclusión, para las psicosis.

Se hace necesario entonces reformular el trabajo de las entrevistas, se trata de despegar la relación del sujeto del discurso capitalista al gadget, para intentar producir un cuerpo a partir de la función de la palabra -que el que habla se ligue a la palabra que dice-, se trata de restablecer la distancia que permita abrir el campo del goce-pleno-prometido al campo del plus-de-goce como pérdida, se trata de resituar por el discurso las relaciones de impotencia y de imposibilidad. En otros términos: producir el desapego del objeto y propiciar el que se diga.

Corolario de este movimiento -para una próxima entrega- es que puesto que la castración resulta forcluida, y que por tanto la función padre queda desarticulada, asoma la pregunta de qué otro lugar se vislumbra para esta función padre en el discurso de la postverdad de los tiempos que corren.